

La visión planetaria de la humanidad de Teilhard de Chardin: La noosfera.

Agustín Udías, S.J.

Peregrino del futuro

Un “Peregrino del Futuro” (*Pèlerin de l’Avenir*), apelativo que Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955) se aplicó a sí mismo, puede ser la mejor descripción de lo que él quiso ser. En 1923, Teilhard había escrito: “Como un Peregrino del Futuro, yo vuelvo de un viaje totalmente hecho en el pasado”. Su dedicación a la geología y la paleontología podría más bien indicar todo lo contrario, es decir, un interés por el pasado, el pasado de la Tierra, el pasado de la vida, el pasado del hombre. Sin embargo, para él el pasado era solamente un medio para comprender el futuro. Era el futuro lo que constituía realmente el principal objeto de sus preocupaciones. Teilhard estaba totalmente convencido de que no podemos mirar hacia el futuro si no comprendemos antes el pasado y su evolución en el tiempo. Por eso, seguía vivo su interés por la geología y la paleontología que nos descubren el pasado de la Tierra y del hombre. De esta forma la evolución del cosmos, la tierra, la vida y el hombre estaban en el centro de su visión sobre el mundo que el proyectaba hacia el futuro. Mucho más tarde en 1952, Teilhard escribía: “La geología en el presente está desplazada en mi consideración por lo humano y lo ultra-humano ... La “neo-antropología” toma ahora el primer lugar en mis reflexiones y conversaciones”. Con esto quería decir que era realmente el futuro, entendido como el futuro de la humanidad (neo-antropología), lo que ocupaba en realidad el centro de sus intereses en lugar del pasado de la Tierra y el hombre (geología y paleontología). Para Teilhard, con la aparición del hombre, la línea de la evolución ha pasado de la pura evolución biológica a la evolución humana que según él se realiza a través de lo social. Es en esta última que la evolución continuará hasta realizarse la consumación total del universo. El Peregrino del Futuro tendrá que seguir los pasos de la evolución de la humanidad desde sus orígenes, mirando siempre hacia el futuro, hacia lo que está por delante, aunque consciente de lo que ha sido el pasado y su evolución¹

Emergencia y evolución de la noosfera

En el proceso de la evolución hay dos momentos que Teilhard llama de discontinuidad en continuidad, la aparición de la vida y la aparición de la consciencia o pensamiento. En el primero se da origen a una nueva capa o envoltura de la materia viva sobre la Tierra, la “biosfera” (término introducido por el geólogo Eduard Suess, (1831-1914). La segunda corresponde a la aparición del hombre con su conocimiento reflejo o consciencia. Teilhard utilizó por primera vez en 1925 el término “noosfera”, para expresar esta nueva capa o envoltura de la Tierra, la esfera de la reflexión o el pensamiento. El hombre no solo conoce, sino que es consciente de su propio conocimiento, es decir, en el mismo acto de conocer, conoce que conoce. Unida a la aparición de la consciencia está la de la libertad. El hombre se ha liberado de los determinismos presentes en los animales para poder actuar libremente. Conocimiento consciente y libertad son los dos aspectos fundamentales de la noosfera. Cuando tuvo lugar esta primera emergencia es difícil de situar. La ciencia nos dice hoy, que en la evolución biológica sobre la Tierra, la rama que dio origen al hombre se separó de la de los simios hace unos seis millones de años. Los hombres primitivos (*homo habilis* y *homo erectus*), aparecen

¹ Pierre Teilhard de Chardin, Œuvres, Volumes I to XIII, Paris, Editions du Seuil.

hace unos dos millones de años, el *neardental* hace unos trescientos mil años y el *homo sapiens* hace unos ciento cincuenta a doscientos mil años. Tanto el *homo sapiens* que somos nosotros como el *neardental*, que se extinguió hace unos treinta mil años, poseían ya plena consciencia. No sabemos hasta qué punto los hombres primitivos anteriores también la tenían.

Una vez que ha aparecido el pensamiento sobre la Tierra se inicia un nuevo proceso dinámico e irresistible en la noosfera que se extiende a nivel planetario y al que Teilhard llama “planetización” o “socialización humana”.² La dimensión planetaria de este proceso viene condicionada por la forma esférica de la superficie de la Tierra que fuerza a los hombres a relacionarse y organizarse más y más entre ellos, creando nuevas unidades de mayor complejidad social que vienen a llenar todo el planeta. Este proceso de organización humana es, en realidad, una continuación de la tendencia cósmica hacia una complejidad cada vez mayor presente en toda la historia del universo. Teilhard utiliza precisamente el término planetización para designar que este fenómeno se realiza a escala planetaria con una agrupación cada vez más extensa y más intensa entre los grupos humanos, es decir, a través de procesos sociales que afectan a todo el mundo, superando los intereses individuales y de grupo. Este término teilhardiano puede compararse con el moderno término de “globalización”. Hoy los procesos humanos y sociales, debido a la interconexión de los medios de comunicación, tienen lugar a una escala global. La creciente influencia del hombre sobre todos los aspectos de la Tierra ha llevado a la propuesta de una nueva época geológica, que se ha llamado el “Antropoceno”, es decir, la época dominada por el hombre. Esta época sustituiría a la última época geológica del Holoceno. Hay varias propuestas de cuando se debe de poner el comienzo de esta nueva época que varían entre hace unos ocho mil años, con el comienzo de la agricultura o hace solo doscientos años con la revolución industrial. En términos teilhardianos, se puede considerar el Antropoceno como la consecuencia del impacto físico sobre la Tierra del desarrollo y progreso de la noosfera.

Analizando el desarrollo de la noosfera, Teilhard encuentra dos movimientos o estadios que él llama dos tipos o estadios de socialización: una socialización de “expansión” y una de “compresión”. La socialización de expansión comienza a producirse cuando los primeros grupos humanos de tribus cazadoras y recolectoras, por un proceso de individuación y socialización, inician las primeras civilizaciones. En este estadio, se ponen de relieve, en primer lugar, las necesidades y los valores de los individuos, es decir, se fomenta el aumento en las posibilidades de los individuos dentro de los grupos. El énfasis se pone en las personas individuales, sus necesidades, derechos, bienestar y felicidad y también de los grupos naturales de las familias, clanes, tribus y más tarde pueblos y naciones. En muchos aspectos, estamos todavía en este estadio. Teilhard lo llama, también, la solución “pluralística”, presente mientras la humanidad se extiende para ocupar la superficie total de la Tierra. El segundo estadio, la socialización de compresión, implica al mismo tiempo una “totalización” y una “personalización” a un nivel más alto. Este proceso se produce cuando la organización humana se vuelve más estrecha y abarca toda la humanidad, para ir formando un solo cuerpo social. A este proceso contribuyen las organizaciones sociales, culturales, religiosas, políticas, económicas y técnicas, que abandonan los intereses particulares para colaborar a la formación de una unidad a niveles cada vez mayores. El énfasis en los intereses del individuo se ve ahora sustituido por el de los intereses sociales. Se abandonan, por lo tanto, las primitivas unidades parciales para centrarse en la unidad finalmente a nivel planetario, esto es, la formación de una unidad formada por toda la humanidad. Teilhard ve este

² Pierre Teilhard de Chardin, La planétisation humaine (1945), in *L'Avenir de l'Homme*, Œuvres V, 157-175.

proceso no como uno meramente aditivo hecho de unidades humanas, sino como la emergencia de una nueva unidad social a nivel planetario. Aunque Teilhard usa la palabra “social”, la nueva unidad de la noosfera se realiza por lo que él llama un “proceso físico irresistible”. En este estadio, se pasa de la cerebralización del individuo, que marcó la evolución de las formas animales a lo largo de la línea de cerebros cada vez más complejos en los estadios primitivos de la noosfera, a lo que podemos llamar una “cerebralización colectiva” a nivel planetario de toda la humanidad en busca de la realización de la unidad final.

Hay que recordar que parte de su pensamiento lo desarrolló Teilhard precisamente después de la terrible experiencia de la segunda guerra mundial que él vio como el choque más violento que han sufrido las capas vivientes de la Tierra. Aunque la guerra era una confrontación que se movía en la dirección opuesta a todo lo que él había esperado, pudo darse cuenta que después de la guerra, el mundo empezó a establecer conexiones más estrechas entre los pueblos que señalaban a un proceso de creciente socialización. En su análisis, Teilhard presenta tres elementos de la socialización: una memoria colectiva que resulta en la acumulación de experiencias comunes; una red de comunicaciones que cubre toda la Tierra y la emergencia de una nueva facultad de visión común. Podemos ver ya que estos elementos empiezan a estar presentes y a crecer en el mundo actual. Por ejemplo, la red de comunicaciones globales, muy limitada todavía en los tiempos de Teilhard, se ha incrementado hoy con los nuevos medios de comunicación como los teléfonos móviles, internet, las redes sociales, etc. Como lo expresa Teilhard, la noosfera, la esfera pensante de la Tierra, continúa aumentando su “temperatura” y elevando su “psiquismo” en una planetización humana interna y externa. La humanidad se encuentra realizando una reflexión sobre sí misma, en lo que Teilhard llama una “segunda hominización”. En este proceso, en contra de lo que se podría pensar, la colectivización no destruye lo personal, sino que conduce a un nuevo incremento en personalización. Los individuos en ella no pierden sus personalidades, sino que las incrementan a un nivel superior.

El resultado de estos procesos en el desarrollo de la noosfera, según la visión de Teilhard, es la creación de una nueva unidad o “superorganismo” basado en el conocimiento,³ que él también llama un “super-cuerpo” (*supercorp*). En este contexto piensa Teilhard que se debe pasar de una interpretación juridical de los lazos que se crean entre los hombres a una interpretación orgánica y biológica. Un instrumento poderoso en el establecimiento de estos lazos son los medios de comunicación. Aunque Teilhard solo conocía los limitados y todavía rudimentarios medios de su tiempo (teléfono, radio, televisión), previó el crecimiento del poder de estos, de manera que supo ver en ellos lo que llamó una verdadera “maquina liberadora” (*machine libératrice*) de la noosfera. Lo entendía en el sentido de proporcionar una liberación de las ataduras de la comunicación impuestas por las limitaciones del espacio-tiempo. Vio como los medios de comunicación contribuían a la formación de lo que él llamó una “co-conciencia etérea” (*co-conscience éthérée*). Teilhard no elaboró más que entendía por esto, pero podemos ver en ello una premonición de lo que entendemos hoy por el “mundo virtual” y el “cyber espacio” de internet y las redes sociales.

El Espíritu de la Tierra

Una vez que han aparecido sobre la Tierra los elementos conscientes (noosfera) y se han establecido la corriente hacia su creciente unificación en la que hemos reconocido el papel, entre otros,

³ Pierre Teilhard de Chardin, La formation de la noosphère (1947), in *L'Avenir de l'Homme*, Œuvres V, 199-231.

de la ciencia y la religión, quedan todavía dos posibilidades abiertas a la humanidad, debido a su naturaleza libre: cada persona puede elegir buscar su propio bien, la realización individual; o la construcción en solidaridad el bien del mundo. Solo en la segunda elección, la humanidad continuaría a nivel consciente la línea hacia una mayor unidad presente en toda la evolución cósmica. Teilhard relaciona este problema con el del fundamento de la ética o la moralidad. Los elementos libres de la noosfera (hombres) se ven enfrentados en sus acciones con el problema de elegir qué es lo que se debe hacer: la cuestión básica de la ética. A las dos posibilidades que hemos mencionado antes corresponden dos sistemas de ética o moral. Uno basado en un individualismo estático y otro basado en la colectivización evolutiva. El primero que da prioridad a los intereses individuales y personales y resulta en una ética individualista, es el resultado de una concepción pluralística de la humanidad. Esta concepción contradice el movimiento general de la evolución hacia la unidad que no puede considerarse como terminado con la emergencia del hombre. El segundo continúa a nivel de la noosfera la línea de la evolución hacia siempre mayores unidades. La noosfera debe continuar ese movimiento progresando hacia mayores unidades sociales y al mismo tiempo aumentando en personalización y espiritualización. Estos principios deben ser los que rijan los actos humanos, teniendo en cuenta la naturaleza libre del hombre.

Ante este problema Teilhard escribió: “No hay solo espíritus sobre la Tierra. El mundo debe continuar: hay un solo “Espíritu de la Tierra” (*Esprit de la Terre*).⁴ Es precisamente el Espíritu de la Tierra el que hace posible el movimiento de convergencia de los elementos libres de la noosfera hacia su consumación final en el Punto Omega. Teilhard considera este Espíritu de la Tierra como una meta en el futuro que debe realizarse por el trabajo unánime de la humanidad, pero al mismo tiempo, como algo ya presente que impulsa a la noosfera en esa dirección. Empieza negando la posibilidad de una muerte total (*mort totale*) de la humanidad, que queda excluida en virtud de la presencia del espíritu desde los orígenes mismos de la evolución cósmica. Una muerte tal indicaría que el mundo sería lo que él llama un “monstruo del espíritu”. Para Teilhard el espíritu constituye precisamente la parte indestructible del universo y, por lo tanto, algo necesariamente permanente. Una vez salvado este escollo, nos encontramos todavía con dos posibles movimientos opuestos todavía al proceso unificador: repulsión y materialización. El primero nace de la repulsión instintiva de las moléculas humanas unas frente a otras, tendencia que está presente en cada interacción individualista. La segunda corresponde a una marcha atrás en el movimiento cósmico evolutivo que debe seguir siempre la línea de una mayor espiritualización.

Teilhard es consciente de que existen muchos caminos que la humanidad puede tomar en su organización social. El los reduce a dos: “evolución de pluralidad y “evolución de unidad”. El primero conduce a una divergencia, donde los elementos tratan de oponerse unos a otros, movidos por lo que él llama una “mística de separación”. Esta tendencia se puede encontrar en el crecimiento de los particularismos y los nacionalismos, donde se busca la satisfacción en el progreso de los individuos o los grupos de unos contra otros. Esto, para Teilhard, introduce en la evolución a nivel consciente un elemento de disgregación y muerte. Empezando por los individuos y extendiéndolo luego a cualquier grupo, sea tribu, raza o nación, esta tendencia está opuesta a la verdadera unificación a nivel planetario. Detrás de esta tendencia, uno puede siempre encontrar el “espíritu de egoísmo” opuesto al Espíritu de la Tierra, que es realmente el espíritu de la evolución. Por muy fuertes que sean estas tendencias

⁴ Pierre Teilhard de Chardin, *L'Esprit de la Terre* (1931), in *L'Énergie humaine*, Œuvres VI, 22-57.

particularizantes, serán superadas por el proceso unificador impulsado por el Espíritu de la Tierra. Teilhard utiliza también, en este contexto, el concepto de “Sentido de la Tierra” (*Sens de la Terre*) que define como un sentido apasionado por el destino común de la humanidad⁷. El Sentido de la Tierra abre nuestros corazones a la llamada del mundo a realizar una verdadera “unaninidad”. Unaninidad es otra palabra que Teilhard usa a menudo para indicar la unidad buscada por el hombre a nivel consciente. La verdadera uninidad, para él, es la que se puede obtener a través del Espíritu de la Tierra y que está alentada y fomentada por el Sentido de la Tierra.

Todavía queda por investigar que fuerza es la que va impulsar a los hombres a lograr la ansiada uninidad, a pesar de todos los obstáculos, y que está detrás del Espíritu y Sentido de la Tierra. La respuesta de Teilhard es muy clara que la única fuerza que puede impulsar este proceso y que además se debe de realizar en libertad no puede ser otra que el “amor”. Para él, “el amor es la más universal, la más formidable y la más misteriosa de las energías cósmicas”.⁵ Esto nos puede resultar extraño, pero Teilhard usa la palabra amor en el sentido más general de una “afinidad mutua interna” (*affinité mutuelle interne*). De esta forma, considera que el amor es a nivel humano, la continuación de lo que ha llamado la “energía radial”, que como ya vimos es la energía que impulse el proceso de la evolución desde el mismo comienzo del universo. Esta es la energía que ha impulsado todos los procesos de uninificación desde la síntesis de las partículas elementales de la materia inanimada, hasta la uninión entre las personas. A nivel humano, es decir, entre las personas, esta fuerza toma la forma del amor ya que solo el amor puede lograr la uninidad sin negar la propia individualidad, condición que exige la uninión personal. Como él mismo lo expresa, “solo la uninión realizada por el amor y en el amor tiene físicamente la propiedad, no solo de diferenciar, sino también de personalizar los elementos que organiza”. Esta concepción de la evolución humana es, por lo tanto, dinámica en cuanto que la uninidad lograda por el amor se realiza sin perder la individualidad y la personalidad de aquellos a los que une. La intuición que Teilhard ha recibido a partir de los resultados de las ciencias naturales no le permite otro camino. Ellas muestran un universo dinámico en evolución convergente que progresa a lo largo de línea de una mayor complejidad, desde las partículas elementales al hombre. Esta línea de evolución convergente debe continuar también al nivel consciente de la noosfera impulsada por la fuerza del amor. Las ciencias sociales y la historia de la humanidad muestran también como el hombre ha progresado siempre en busca de algún tipo de uninidad, aunque sus caminos han sido a veces tortuosos.

La gran opción

Como hemos visto, Teilhard considera el mundo a nivel de la noosfera impulsado por la fuerza del amor hacia una cada vez mayor uninificación. Sin embargo, los elementos de la noosfera, es decir, las personas individuales son libres para elegir su futuro. ¿Cómo se pueden conjugar estas dos cosas, la libertad por un lado y la inevitable uninión impulsada por el Espíritu de la Tierra por el otro? Aquí encontramos el problema más difícil que Teilhard tiene que resolver: la necesaria convergencia de la noosfera y la naturaleza libre de sus elementos. ¿Podrían los elementos de la noosfera libremente elegir el no converger? La libertad de elección de los elementos de la noosfera y su necesaria convergencia hacia una uninidad final parecen estar en oposición. Teilhard trata este problema en su ensayo titulado “La gran opción” (*La Grande Option*).⁶ Empieza con la consideración de que a la humanidad enfrentada con su futuro se le presentan una variedad de caminos a seguir: pesimismo o

⁵ Pierre Teilhard de Chardin, *L'Énergie humaine* (1937) in *L'Énergie humaine*, Œuvres VI, 180-192.

⁶ Pierre Teilhard de Chardin, *La Grande Option* (1939), in *L'Avenir de l'Homme*, Œuvres V, 55-81.

optimismo, optimismo de evasión o de evolución, evolucionismo de pluralidad o de unidad. Uno por uno, Teilhard va descartando las alternativas negativas para quedarse solo con la “evolución de unidad” como posible elección.

Sin embargo, la experiencia de las tendencias humanas hacia la dispersión, pueden todavía hacernos dudar de la inevitable convergencia hacia la unidad que Teilhard presenta como una necesidad. Para resolver este problema, distingue de nuevo dos tipos de unificación la forzada y la libre. La forzada resulta como una consecuencia de las situaciones que resultan de las que él llama curvaturas de la noosfera: geométrica o geográfica y mental o psíquica. La primera está condicionada por la superficie esférica limitada de la Tierra que hace que los hombres se encuentren cada vez más cerca en contacto y más físicamente unidos. La segunda es consecuencia de las condiciones de la naturaleza refleja consciente de la noosfera que tiende a crear lazos de coalescencia cada vez más estrechos entre los elementos dentro de ella. Sin embargo, la experiencia sigue mostrándonos la escandalosa y caótica dispersión de la humanidad. ¿Cómo podemos estar seguros de que, a pesar de todas las dificultades, la noosfera en su conjunto llegará a la deseada unión? ¿No está la realidad que observamos indicándonos precisamente lo contrario?

Para resolver este problema, Teilhard tiene que postular una nueva y definitiva atracción que controle los movimientos de la noosfera y los dirija hacia la unificación final. Como los otros elementos (las curvaturas geométrica y psíquica), este tercer poder tiene que ser también de dimensiones planetarias, pero se diferencia de los anteriores en que no actúa de forma forzada, sino de forma libre. Esta atracción respeta, por lo tanto, la libertad del hombre actúa, en realidad, a través de ella. Su operación puede compararse a la de una “seducción”, que opera a través del consentimiento libre, y está ejercida por el mismo Centro Super-Personal que es el Punto Omega. Como ya se ha indicado que al nivel de la noosfera el movimiento unificador se realiza por la fuerza del amor, la influencia del Punto Omega, solo puede actuar por un verdadero “super-Amor”.⁷ De esta forma la convergencia unificadora de la noosfera y su plena libertad quedan garantizadas. Con su convergencia realizada en libertad en el Punto Omega, la noosfera lleva a su culmen y con ella toda la evolución cósmica. Esta convergencia, con su carácter libre, se logra precisamente por la presencia y atracción a través del amor emanado del mismo Punto Omega. Esta presencia y acción impide la posibilidad de una opción negativa definitiva que condenaría al mundo al abismo de una multiplicidad divergente y se hace respetando la libertad de elección de los elementos de la noosfera.

La dimensión Cristológica.

En un epílogo de *El fenómeno humano*, que lleva por título “El fenómeno cristiano” (*Le phénomène chrétien*), Teilhard presenta una interpretación cristiana de toda la evolución en la que el Punto Omega, hacia el que converge toda la evolución, se identifica con la figura de Cristo.⁸ De esta forma el universo tiende en su movimiento de convergencia a nivel humano hacia una última unidad, que la fe cristiana reconoce que solo se puede realizar en la unión de los hombres con Cristo. Cristo mismo es, por lo tanto, la presencia del Punto Omega en la historia humana que atrae hacia sí el progreso humano, y ayuda a que se realice su consumación en la unidad definitiva con él. En esta interpretación, la cosmogénesis de la evolución se convierte en lo que Teilhard llama una

⁷ Pierre Teilhard de Chardin, *Le Sens Humain* (1929), in *Les Directions de l'Avenir*, Œuvres XI, 21-44.

⁸ Pierre Teilhard de Chardin, *Le Phénomène humain* (1938-1940), Œuvres I, 324-332.

“Cristogénesis”, al identificar el polo de convergencia de toda la evolución con el Cristo encarnado. La unidad de los hombres y a través de ellos de todo el universo en Cristo constituye lo que él llama el “Cristo Total” o “Cristo Cósmico”. El proceso por el que se desarrolla el universo se identifica con el proceso por el que se forma el Cristo Total. Estas ideas están expresadas de forma más completa en uno de sus últimos ensayos, escrito en marzo 1955, solo un mes antes de su muerte y que se puede considerar como su testamento espiritual. Esta idea, sin embargo, está ya presente en su primer ensayo escrito en 1916, en el que emplea por primera vez el término “Cristo Cósmico” y afirma que Cristo tiene un cuerpo cósmico extendido por todo el universo. Este cuerpo cósmico de Cristo es la versión cristiana de la unidad hacia la que tiende toda la evolución.

Conclusión

Teilhard de Chardin concibe la humanidad como la envoltura pensante de la tierra o la noosfera, como la biosfera fue la transición de los seres inanimados a los vivos, la noosfera es la del resultado de la transición de la falta de conciencia en los animales a su presencia en el hombre. En la misma manera que ha seguido la línea de la evolución cósmica en la dirección de una cada vez mayor complejidad, con los elementos uniéndose para formar unidades cada vez más complejas, propone que este proceso debe estar presente también en la noosfera. El proceso unificador en el que los grupos humanos se hacen cada vez unidos es ahora lo que se llama socialización y planetización. La fuerza unificadora presente en la evolución cósmica y responsable de su dirección a través de la mutua atracción de sus elementos formando mayores centros complejos a nivel de conciencia toma la forma de la fuerza del amor. A través de la fuerza del amor la noosfera eventualmente logrará en libertad su unidad final en el Punto Omega que la está atrayendo hacia sí mismo. Desde el punto de vista cristiano, el Punto Omega se identifica con en quien todos los hombres y el universo entero finalmente encontrara, su unión.